

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE OCTUBRE DE 1890

NÚM. 5



CARLOS CRUZ LASSABE

III
190
201
[21]
191
202

SUMARIO.—CARLOS CRUZ LASSABE y FLORENCIA CRUZ, por *La Redacción*.—NUESTROS GRABADOS.—A CARLITOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.*—DOS MAMÁS DIPLOMÁTICAS, por *E. Legouvé*.—LOS AMIGOS, poesía inédita de *M. Reinante Hidalgo*.—CARTAS JAPONESAS, (carta quinta), por *El Conde Tcht.*—ESCEPTICISMO, por *Félix Rocuant Hidalgo*.—COLÓN Y EL CENTENARIO, por *Jacinto Bórquez*.—HISTORIA NATURAL: La libélula, por *Fulbert Dumonteil*.—GEOLOGÍA: Una vertiente en el fondo del mar, por *Julián Martínez V.*—MANUAL DE LA DUEÑA DE CASA, por *Emmeline Raymond*.—ECONOMÍA DOMÉSTICA.—VARIETADES.—SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS DEL NÚMERO ANTERIOR.—PROBLEMAS.—FOLLETÍN: MARÍA LUISA, por *De Bertall*.—MÚSICA: LO QUE ES UNA LÁGRIMA, por *Reni Fasol*.—BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencias y consultas.—CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.—AVISOS.

CARLOS CRUZ LASSABE

La Redacción de LA FAMILIA cree cumplir con un deber de cortesía y de sincero pésame, al reproducir en la primera página de esta publicación el retrato del inteligente y simpático niño que su digna Directora acaba de perder.

Carlos Cruz Lassabe nació en la ciudad de Maubourguet, departamento de los Altos Pirineos, Francia, el 21 de septiembre de 1888, y murió en Santiago de Chile el 29 de septiembre de 1890, después de corta y dolorosa enfermedad.

Nuestro grabado lo representa á la edad de ocho meses.

FLORENCIA CRUZ

Cábenos también llenar aquí la penosa, y á la vez grata obligación, de dedicar dos líneas al recuerdo inolvidable y querido de la cuñada de nuestra Directora, la señorita Florencia Cruz, arrebatada brusca y prematuramente á la idolatría de los suyos, cuando su privilegiado espíritu, su noble corazón é interesante figura empezaban á despertar la admiración y el cariño de cuantos á ella se acercaban. Á los dieciocho años el alma de la señorita Florencia abandonó su prisión terrena. Su memoria queda grabada con letras de fuego en numerosos corazones buenos.

LA REDACCIÓN.

NUESTROS GRABADOS

EL EDIFICIO DEL CONGRESO

Como simple recuerdo, reproducimos en este número una vista del palacio del Congreso Nacional, tomada antes que la honorable Cámara de Diputados hubiera resuelto hacer una radical transformación del jardín que en nuestro dibujo se ve. Hoy este lugar es una aménisima alfombra de variadas flores, circundada por suntuosa reja de hierro.

ISABEL LA CATÓLICA VENDE SUS JOYAS

Colón no había encontrado en ninguna corte europea auxilio para su colosal empresa. La soberana de Castilla, en un arranque de generosidad que perpetuará su gran nombre en todos los siglos de la historia, empeña todas sus alhajas para contribuir á la ejecución de la sublime idea que el ilustre genovés llevaba en su potente cerebro.

Este acontecimiento es el que recuerda nuestro grabado.

PARTIDA DE COLÓN PARA EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

La memoria de Colón debe ser un culto nacional en los países americanos. Por eso conviene tener siempre presente esa gran figura histórica, propagar sus hechos, dar á conocer con interés minucioso los diversos episodios de su vida. Uno de ellos, su salida del puerto de Palos para ir en busca del continente desconocido, en realidad, para abrir nueva ruta al tráfico con la India, es el que patentiza nuestro grabado de hoy. Dicha lámina es una reproducción en boj, del aplaudido cuadro de Gisbert, laureado pintor español.

Nos parece excusado hacer la descripción del dibujo, siendo el asunto tan popular. Desde la playa, la conmovida muchedumbre contempla al heroico marino que, en la lancha que ha de conducirle con sus compañeros á las tres débiles carabelas, recibe la postrera bendición del prior de la Rábida.

Para darse cuenta de la punzante emoción de esa memorable despedida, es preciso trasladarse con la mente al oscurantismo de aquellos tiempos; la duda universal que provocó la sublime empresa, la certidumbre de los que se quedaban en España, de no volver á ver más al intrépido navegante y sus segundos, y más que todo, la infatigable lucha sostenida por Colón contra los grandes espíritus de Europa; y por fin, el noble desprendimiento de aquella magnífica reina, que, puede decirse, contribuyó no sólo con su dinero, sino también con su estímulo moral é inquebrantable fe, al buen éxito de la expedición más considerable que registran los fastos del mundo.

Á CARLITOS

Hace ocho días que mi amiguito ha muerto, y aun tengo el alma llena de confusión y de espanto.

Cuando me trajeron la fatal noticia, mi corazón dijo: Eso no puede ser, eso no es cierto. No desaparece en un abrir y cerrar de ojos tanto vigor, tanta lozanía. Carlos lleva en sus pulmones potentes un siglo entero de esperanzas. Es una encina robusta, y la savia que la alienta desafía al furioso vendabal. ¿Cómo voy á creer yo que en el despertar de la vida, en la juventud misma del año, cae y se troncha un rozagante arbolillo, todo hecho de promesas de esplendor? Y el porvenir luminoso que esa inteligencia anunciaba ¿pudo apagarse también así, de un soplo, como se apaga de repente un débil candil exhausto? No, no lo creo. Atropos, la negra parca, no ha incurrido en tan tremendo error.

Desde que mi amiguito no existe, me parece que el mundo se ha detenido en su marcha. Ni el sol alumbra, ni las estrellas brillan, y este miserable planeta no es más que una mansión de sombras. Los pájaros ya no cantan; la risa y la alegría huyeron de la superficie de la tierra. Huyeron con él, su personificación más viva.

Cuando me asomo á la calle y veo caminar la gente, los unos presurosos, como que corren tras de la ganancia, los otros lentos y pausados, como que algún pensamiento grave les agobia, me dan ganas de decirles: ¿Adónde vais, infelices, á qué gastar tanto afán? Tú persigues anhelante el oro; á la vuelta de esa esquina vas á encontrar tu sepulcro. Y tú, pobre sér, que meditas mirando el suelo, ¿para qué piensas? En vano atormentas tu cerebro gastado, ninguna idea nueva encontrarás en él. Nacer, morir, ya lo sabes. Naciste... aguarda ahora la muerte: ese es tu oficio.

Esta triste humanidad me da pena. Desde mi ventana veo á todo el mundo

correr en pos de su propio féretro. Estos, los simples (son los menos); se labran una carrera modesta; el tránsito es corto, pero no quieren cansarse. Aquéllos, los ambiciosos (son los más), buscan mil rodeos, la gloria, la riqueza, los honores; sudan, se fatigan, caen extenuados, se levantan, se yerguen, luchan, vuelven á caer, y en una de tantas alternativas tropiezan con el hoyo.

Esos, sobre todo, me dan pena.

Cuando se acercó la muerte á su camita de niño enfermo, Carlos clavó sus hermosos ojos en las dos horribles cuencas, y dijo sin miedo á la enemiga: ¡Aquí estoy!

Y apretó, valiente, sus pequeños puños.

Tenía que habérselas, el lúgubre adversario, con un paladín de raza.

El niño luchó como héroe. ¿No tenía sangre de héroe en las venas? ¿No fué á su abuelo, el mariscal de Gassion, á quien el gran Condé, picado de haberlo visto apoderarse, sólo, de una trinchera enemiga, dijo, no sin enojo:

—¿Os imagináis acaso que yo no puedo hacer lo mismo?

Carlos luchó como héroe, contra un antagonista impalpable. ¡Ah! si hubiera podido tomarlo entre sus brazos, ¡qué triunfal victoria no habría conseguido! Eso se veía en sus grandes ojos, cuando, sentado en su pequeño lecho, presa de implacable fiebre, paseaba la vista por el cuarto, en busca de aquel cobarde que lo atacaba, oculto.

La dura ley se cumplió y nos dejó sumidos en el llanto. ¡Ineficaz consuelo! Se llora al anciano que, llenada su terrenal misión, inclina hacia la tumba la abatida frente; esas lágrimas son bálsamo que cicatrizan la herida. Pero el niño fuerte, el luchador de mañana, ¿cómo llorarle? Esa impotencia desespera, y la desesperación agrava el mal. Los espíritus empedernidos acuden á la blasfemia; la blasfemia es el punto más negro de ese círculo sin salida: es el recurso de los malvados. Entonces, ¿qué haré yo?... Mi desgracia no tiene nombre en ningún idioma conocido.

Carlos nació para ser soldado. Su padre, como buen chileno, quiso disputarlo á la Francia, pero la Francia se mantuvo firme y no cedió. Esos países guerreros acogen en un júbilo increíble á todo varón que viene al mundo en sus fronteras. Hubo protestas y acaloradas discusiones; la autoridad inflexible invocó la ley. En medio de estas controversias transcurrieron los plazos; sólo influencias de familia lograron conjurar la prisión y la multa.

Mas, una vez disipadas estas nubes; ¡cuánta dicha, cuánto regocijo!

Era en Maubourguet, en la casa patrimonial de los Lassabe de Gassion. Al frente, á lo lejos, el altivo Pirineo; en torno del banquete de bautizo, los parientes y los notables de la comarca.

Mientras los amigos brindaban por el futuro defensor de la República, mientras el venerable abuelo Lassabe, doblegado por incurable dolencia, sonreía á esa nueva encarnación de su propia persona quebrantada, los servidores y los aldeanos gritaban en su pintoresco dialecto: *Luengo vido e bonheu au novo mous-su d'acous domi!* «Al nuevo señor de estos dominios, felicidad y larga vida!»

—*Quel gaillard!* exclamaba el cura: este muchacho tiene por lo menos tres meses.

—Cualquiera se los daría, replicaba el médico, es un león.

Jamás niño alguno vió su cuna rodeada de más sinceros y fervientes votos. Desde su solitario retiro en el convento de las Carmelitas de Bagnères de Bigorre, su virtuosa tía abuela lo llamaba por medio de repetidas cartas. Hubo que conducirlo ahí tan pronto como fué posible hacerlo.

Fué una fiesta inusitada para la comunidad entera. La madre superiora,

las hermanas, lo colmaron de bendiciones y de obsequios piadosos.

Los reverendos padres de la cofradía de San Juan de la Cruz lo bendijeron y agasajaron igualmente, y fué preciso prometerles á todos llevar al niño á Lourdes, á ponerlo bajo el amparo de la Inmaculada Concepción.

Esta promesa se cumplió fielmente, y era de ver cómo esos millares de devotos que se agrupaban frente á la gruta milagrosa, se detenían á admirar al niño de seis semanas, fuerte, hermoso y robusto, que parecía llevar otros tantos meses á costas.

Vino después la larga travesía, el viaje á Chile. Los peligros y sinsabores de la navegación no hicieron mella en ese cuerpecito, al parecer indestructible. Las tempestades y las zozobras no borraron, ni por un momento, su angelical sonrisa.

Y cuando pienso que aquí, en la patria, en el clima privilegiado de la tierra, escudado por tan numerosas bendiciones, por tan vehementes deseos de prosperidad y ventura, Carlos ha sucumbido en breves días á penosa y despiadada enfermedad, se me figura que soy víctima de un sueño horrible, y que, al despertar, voy á ver de nuevo ese rostro entre todos simpático y amable, á oír esa voz que era para mí música del cielo.

Á los dos años de edad, los niños no tienen fisonomía propia. Son simples bosquejos y todos se parecen. El niño, en general, es un tipo, no un individuo. Las diferencias de medio traen diferencias de detalle: el fondo permanece idéntico. Para cada madre, su hijo es un ideal de belleza, de inteligencia y de gracia.

Pero hay excepciones, y Carlos era una de ellas.

Ese muchachito de veinticuatro meses tenía carácter marcado, una índole personal. Era modesto y tranquilo, al par que juguetero y risueño. No absorbía, como tantos, la atención de los de su casa ni la de los forasteros. No desempeñaba nunca el papel de los niños-prodigios. Sin embargo, hablaba el castellano y el francés, y tenía afición señalada por las cosas artísticas. Desprovisto de egoísmo, cedía á sus pequeños hermanos los juguetes de valor, y se contentaba con un trocito de papel. Generosidad pura, por cuanto le entusiasmaba en alto grado la contemplación de una hermosa imagen, y un objeto de gusto hacía resplandecer sus ojos negros, y le arrancaba gritos de admiración:

—*Vois, maman, oh, maman!*

Jamás olvidaré la primera fábula que me recitó: dos alejandrinos franceses á los cuales daba una expresión indefinible.

Hacía una reverencia cómica y empezaba:

LE SOLDAT ET LA MOUSTACHE

—*Je prendrai le dolman, pelisse et sabretache!*

—*Mais, il te manque encore...*

—*Et quoi donc?*

—*La moustache!*

¡Ah! realidades queridas, que hoy no sois sino recuerdos, ¿por qué no seguisteis en vuestro desarrollo normal, por qué la inteligencia del niño no aguardó algunos días, algunas breves horas, para convertirse en la inteligencia del hombre, benéfica para la familia, la humanidad y la patria?

El señor del Universo, que todo lo crea y lo transforma, cuyas miras son incomprensibles, y cuyas decisiones augustas debemos acatar reverentes, nosotros los míseros mortales, ese Dios de los buenos y los malos, de los grandes y de los pequeños, lo quiso así, y como lo quiso se cumplió. Inclínome humilde, destrozado y vencido, ante esa Suprema Voluntad.

JUAN MARSELLA